

congadas, el sacerdote predica la servidumbre popular contra toda la doctrina cristiana; sopla sobre los tizones del incendio como si fuera el carbón de los incensarios; en vez de alumbrar el cirio pascual, descarga el trabuco; en vez de conciliar á las gentes, las enemista y endiaba en guerras sin término; remacha las mismas cadenas rotas por Cristo para siempre; sume á los infelices en las ergástulas como si fueran cadáveres; divorcia las almas pensadoras del culto; ahuyenta de las conciencias populares el nombre de Dios; une á las matanzas y á los incendios y á los esterminios el sacrosanto recuerdo de aquel que no supo matar, sino morir, y que rogó á su Eterno Padre por sus enemigos y por sus verdugos, en las cumbres sacratísimas del Calvario, y en la hora suprema del supremo holocausto. Ya desarrollaremos este tema en los capítulos sucesivos para tener idea completa de las fases por donde pasan la revolución francesa y sus precedentes ó generadores históricos.



CAPÍTULO QUINTO

La Monarquía de Luis XVI se descompuso porque se habían descompuesto antes todos los factores de que fuera suma y resultado.

INCOMPRESIBLE la Historia cuando no se miran los antecedentes generadores de las instituciones y no se contemplan ó estudian las fases por donde pasan las ideas. Una revolución como la francesa, no examinada en los hechos generadores de su advenimiento, parece la demencia súbita de un pueblo en delirio, alzado por capricho á borrar sus antiguas leyes y extinguir sus antiguas creencias. Mas estudiándola en los términos precedentes á su aparición por el tiempo y por el espacio, descúbrese con facilidad que no ha sido la revolución una obra de súbito acarreo, producida por inundaciones inesperadas, que ha sido un resultado de innumerables lógicos seculares hechos, los cuales han producido este medio ambiente irremediable donde ya respiramos todos, y este sólido terreno social, tan perdurable, que se parece por su permanencia de suyo, á los terrenos geológicos. Ya hemos visto en el capítulo anterior, que la Monarquía esencialmente pagana, pasó por una serie de fases prolongadas y profundas, desde los jefes de las castas indias á los Emperadores de la Roma pagana. Pues Luis XVI personificó en el siglo anterior la Monarquía cristiana, si es que pueden armonizarse dos palabras tan inarmónicas, y compadecerse dos términos tan incompatibles como la realeza y el Cristianismo. Llamaremos Monarquía cristiana, usualmente, á la Monarquía terminada en Luis XVI, no porque provenga del cristianismo; porque se desarrolla y se dilata, después del advenimiento de Cristo. A la monarquía romana sucedió la Monarquía germánica; y esta Monarquía se descompuso cuando los carlovingios

quisieron resucitar el romano imperio, consiguiendo tan sólo promover el cisma de Oriente y dividir el mundo católico entre Bizancio y Roma, como había estado dividido un tiempo el mundo antiguo; á la Monarquía carlovingia, ungida por el Papa en la persona de Carlo Magno, y originada por el pacto que absolvió la usurpación de Pipino, y que donó á la Iglesia el patrimonio de San Pedro, sucedió la Monarquía feudal, generada por las irrupciones de los Normandos del Norte y por las irrupciones de los árabes del Mediodía, muriendo bajo tan rudo golpe la unidad imperial; á esta unidad imperial francesa sucedió la unidad imperial alemana, porque los Othones sucedieron á los Carlovingios y avasallaron bajo su poder imperial y guerrero á los Papas mismos, sin poder, á pesar de su aparatosa unidad, impedir los fraccionamientos y las separaciones feudales, de modo que concluyó con la ruptura entre la Iglesia y Alemania la falsa nueva unidad germánica, y se instituyó sin remedio el feudalismo. Dos fases tuvo éste: una teocrática, otra guerrera; la teocrática perduró desde fines del siglo IX hasta fines del siglo XI, bajo el amparo de Papas como Gregorio VII, á cuyas plantas ponían los Reyes feudales sus coronas, y ante cuya presencia temblaban de frío los Emperadores germánicos; tras el feudalismo teocrático, llegó el feudalismo militar, que se alentó mucho con las cruzadas, y que duró en su apogeo desde fines del siglo X hasta principios del siglo XIV, en que los Reyes comenzaron dominando la Roma pontificia y concluyeron sobreponiéndose al patriciado orgulloso y avasallador de sus rebeldes feudatarios; al feudalismo militar sucedió la Monarquía maquiavélica, la Monarquía que prescindiera del honor y del juramento para soterrar, de un lado, el antiguo mundo eclesiástico, y de otro lado, el mundo feudal; á la Monarquía maquiavélica sucedieron las grandes y poderosas Monarquías absolutas, representadas por Reyes tan excelsos como Carlos I de España, Francisco I de Francia, Enrique VII de Inglaterra; á las Monarquías absolutas del siglo XVI sucedieron las Monarquías jesuítas del siglo XVII con Felipe III, con los últimos días de Luis XIV, con los Emperadores entonces reinantes en Alemania; á la Monarquía jesuítica del siglo XVII sucedió su opuesta la Monarquía filosófica, empeñada en destruir todas las vías reaccionarias, y en preparar con el jansenismo y con la enciclopedia, el nuevo mundo político; por manera que al subir Luis XVI al trono, la Monarquía llevaba largos siglos de descomposiciones, por las luchas con el Pontífice, que rompieron el pacto entre la Iglesia y el Estado, por las cruzadas, que trajeron el municipio democrático, por los Reyes maquiavélicos, que mataron la vieja feudalidad y la supremacía eclesiástica, por los Reyes absolutos, que metieron todas las clases en una igualdad democrática, por los Reyes filósofos, que hicieron la revolución en las ideas antes de que la hicieran los revolucionarios en las leyes; y así, la guillotina de Luis XVI no es más que el holocausto donde se termina con un inhumano sacrificio este universal movimiento.

¿Pues qué la monarquía bárbara, fase primera de la monarquía universal cristiana, en

último resultado, no se fundó sobre los restos del imperio y no cayó al empuje de una revolución radical más terrible que la revolución francesa, verdadero diluvio de lágrimas y sangre? Por esta seducción, que sobre los ánimos ejercen las altas y sublimes grandezas, hay todavía quien se duela y llore por la caída de Roma. Pero, como la historia es un sistema de filosofía, y cada hecho una idea, y cada pueblo un espíritu, la historia nos ha guardado el ejemplo eterno de lo que hubiera sido el mundo sin la caída de Roma. ¿Queréis verlo, queréis contemplarlo con vuestros mismos ojos? Contemplad la Roma de Oriente, contemplad á Constantinopla que no cae, que no es enterrada sino después de diez siglos de estar muerta, contempladla. Su ciencia es hinchada y vana como el orgullo; astros se llaman á sí mismos sus maestros, signos del Zodiaco sus doctores, miserables plagiarios, esclavizados escoliastas, en cuyo corazón no hay fuerza para sentir, en cuya inteligencia no hay fuerza para pensar, pues ni sienten, ni piensan los esclavos; la cuna de Homero no tiene un poeta, la tribuna de Demóstenes no escucha un orador; á las puertas de la célebre Academia de Platón sólo disertan torpes ergotistas, sofistiqueadores de la razón humana; en los riscos donde se sacrificó Leónidas con los trescientos espartanos, nadie oye pronunciar la palabra patria, la palabra libertad, que resonará siempre con mágica resonancia en el corazón humano, y obligará siempre al hombre á purificarse de sus manchas en las llamas del sacrificio; la Religión allí será, no el amor, no la caridad, sino triste asunto de torpes disputas, que no podrán mejorar ni en un ápice la vida humana; el mundo eclesiástico griego, servil instrumento en manos de los emperadores, sólo acertaba en sus actos á oprimir y degradar las conciencias; los códigos son desacatados por los nacidos para cumplirlos; la justicia comprada y vendida como una mercancía; los tribunales entregados al poder cesáreo y los monarcas puestos sobre toda autoridad, sobre toda justicia, envueltos en una nube de incienso, conducidos en procesión como las reliquias, adulados en la hora de la fortuna por los mismos que les abandonan ó vuelven contra ellos sus armas en la hora de la desgracia; por el Trisagio, que Isaías oyó cantar en el cielo, morían en batalla campal seis mil cristianos y ardían iglesias y hospitales con todos los enfermos dentro; las asambleas eran mercados de sofistas, la corte serrallo de orientales eunucos, el palacio mancebía, las escuelas reunión de orgullosos sin ninguna ciencia, los concilios campos de batalla, los campos de batalla salones de cortesanas, el circo donde los verdes y los azules peleaban sobre las carreras de los carros ó de los caballos, que da lo mismo, ocupación única de la aristocracia; porque la falta de libertad había traído la falta de virtud, y la falta de virtud el despotismo; castigo tremendo, pero merecido, cuyas terribles plagas caen siempre sobre las naciones desmoralizadas y siervas; hasta que un día la justicia divina se cansó, y abrió las compuertas de su ira y cayeron sobre aquel flaco Imperio los turcos, que dispersaron como una banda de prostitutas á Césares, nobles, sacerdotes, soldados y sofistas. Es innegable, pues, la necesidad que tenía la sangre del

mundo romano de ser como remozada y rejuvenecida por la sangre del mundo bárbaro. Entre los bárbaros hay razas puramente germánicas, cual son los sajones y los francos, frente á razas más orientales y más mezclados los elementos ajenos al germanismo, como son las razas compuestas por godos, visigodos y ostrogodos. Las familias francas y las familias sajonas que dominaron en Francia é Inglaterra, extrajeron la monarquía de caudillos alzados sobre el pavés por sus tribus en armas, caudillos que se llamaron Clodoveo en una parte y en otra parte Arturo el Magno. Pero los godos, los visigodos, los ostrogodos, que no estaban aglomerados en las orillas del Rhin, sino que lo estaban en las orillas del Danubio, y tenían por ende mayor contacto que las demás razas germánicas con Italia y con Grecia, fueron presa desde su advenimiento á las tierras civilizadas, de un culto sin límites al imperio, ora este imperio apareciese tal y como se reconocía en Roma, ora este imperio, apareciese tal y como se reconocía en Bizancio. Así no hay más que ver la monarquía de Teodorico en Italia y la monarquía de Ataulfo en España, para caer en la cuenta de que las razas godas prefirieron á todo la repetición y remedo del viejo poder imperial, constituyéndolo principalmente sobre Constantinopla donde reinaba mayor autocracia por culpa del clero y del patriciado, que en la Ciudad Eterna. De aquí, el deseo sobre todo en los visigodos de imitar el poder absoluto como en Oriente se practicaba, nació aquel apego al arrianismo que reinara en España desde los tiempos del primer monarca visigodo, hasta los tiempos del grande y poderoso Leovigildo. Cuentan las historias que un caudillo visigodo, invitado en la ostentísima Constantinopla por los emperadores orientales á su mesa, comió tanto de aquellos manjares exquisitos, apuró tantas copas de aquellos vinos por él jamás gustados, que, atiborrado, reventando, murió en sus atracciones de borrachera é indigestión á la sobremesa del festín. Pues también se les indigestó un poco á los visigodos la para ellos indigerible civilización bizantina.

Pero los bárbaros, contagiadísimo con el oriental imperio, los visigodos especialmente, al establecerse y radicar en España, no comprendieron de ninguna manera cómo se había extendido el Catolicismo por Occidente y merced á esta grandísima extensión, cómo se necesitaba contar con tamaño culto para establecer el imperio propio con verdadera solidez á la cual debían sacrificar tarde ó temprano la herejía mal aprendida que aportaron al ocaso por sus correrías y sus contactos con las regiones orientales. Aunque, desde los comienzos del Cristianismo, había comenzado su difusión en España, según lo muestran hechos múltiples, cual el viaje de San Pablo al campo tarraconense, los innumerables mártires de Zaragoza, las iglesias desde África trasladadas á Sevilla y Córdoba; el Catolicismo no tenía en España por aquella sazón, la fuerza inmensa que tuvo en Francia, destinada por designios providenciales al bautizo y conversión de los bárbaros. Como los Ataulfos y los Leovigildos hispanos estaban á medio civilizar, merced á sus contactos y relaciones con el imperio bizantino, jamás la Iglesia y la religión Católicas

ejercieron sobre su ánimo el influjo sobre el espíritu de los francos ejercido, por ser éstos más ingenuos, más sencillos, más candorosos y hallarse así más cerca de la naturaleza y más apercibidos por sus afines á recibir las grandes emociones religiosas y á obedecer al clero católico. No obstante brillar aquí en España un episcopado tan excelso como el que ya producía la gente romana en el primer período de los visigodos, nunca pudo este ilustre y sabio episcopado ejercer sobre los príncipes visigodos en el primer período de su dominación el poderoso influjo ejercido por el episcopado de las Galias sobre la ingenuidad y el candor de los francos presididos por el fuerte y formidable Clodoveo. San Remigio no valía tanto cuanto valieron sus cofrades hispánicos que se llamaron predecesores del virtuoso San Leandro y del inmortal San Isidoro, pero manejó como blanda cera el ánimo de Clodoveo y la sedujo hasta conducirlo al pie de la romana Iglesia. Para pintar cuán ingenuo y cándido el jefe ó capitán franco aparece por este tiempo, no hay sino recordar cómo se airaba y enfurecía cuando su maestro, adoctrinándolo cual debe adoctrinarse á los neófitos, le contaba la pasión de Cristo, á cuyo relato blandía su lanza, declarando que no hubiera muerto el Salvador en la cruz, porque lo hubiera él impedido, de hallarse por tal ocasión en la proterva Jerusalén, de los deicidas judíos. Con razón ha llamado la Iglesia primogénita de su espíritu á la tierra de Francia, con razón, porque la tierra de Francia irradió el Catolicismo en los visigodos de España; porque la tierra de Francia fundó el protectorado carlovingio sobre los pontífices regalados con un feudo de conquista francesa; porque la tierra de Francia educó á los monjes de Cluny que uniformaron todas las liturgias y produjeron la grandeza moral de Gregorio VII; porque la tierra de Francia promovió las cruzadas; y así la decadencia del pontificado y de la Iglesia se inician en cuanto la tierra de Francia vuelve las espaldas al Pontífice máximo y produce aquella larga serie de hechos que comienzan en el cautiverio de Aviñón y acaba en las revoluciones del siglo último, maldecidas sin razón por el Catolicismo, quien perdió su pujanza y su predominio, desde que perdió el brazo de la monarquía francesa, su gran demoleadora. Y en parte ninguna se conoce lo que fué la Iglesia durante los tiempos de su inteligencia con los franceses, como en España bajo los visigodos, en España donde dos princesas de Francia nacidas de sangre franca y educadas en la religión de Clodoveo, llevaron hasta el martirio al príncipe católico Hermenegildo y trocaron el arrianismo en Catolicismo conquistando para la ortodoxia y para la Iglesia el alma de Recaredo. Hé aquí, pues, una fase importante de la monarquía cristiana, que nació en Clodoveo cuando San Remigio rompió sobre su cabeza la célebre ampolla donde se contenía el óleo de la unción católica y pereció el día en que sobre la cerviz de Luis XVI cayó el cuchillo de la guillotina revolucionaria. Dejando aparte la monarquía franca y volviendo los ojos á la monarquía visigoda, debemos decir, que á pesar de haber durado entre nosotros desde los comienzos del siglo V hasta los comienzos del siglo VIII, acampó en España más que la dominó, pues